

Don Juan Filloy, 104 años

La vejeñud dichosa



NACIÓ EN EL SIGLO XIX,
ANDUVO EL XX Y PIENSA VIVIR
EN EL XXI. ES UNO DE LOS
MAYORES ESCRITORES
ARGENTINOS Y EL MÁS
ORIGINAL. DESDE CÓRDOBA
HABLA DE LONGEVIDAD,
DE AMOR Y DE SU VIDA, EN
LA QUE UNIÓ EL MÉTODO
CON LA PASIÓN.

Por LUIS FRONTERA / Fotos: JAVIER FERREYRA/
LA VOZ DEL INTERIOR

Fuerte como un abuelo y grande como un amigo, don Juan Filloy va a cumplir 105 años (nació el 1° de agosto de 1894): “Pronto voy a ser un hombre que habitó en tres siglos”, dice. Y en su rostro antediluviano se adivinan el orgullo y la voluntad de situarse en el principio del mundo. “Voy a vivir, por lo menos, 106 años -agrega, y subraya-: Pero voy a vivirlos enhiesto, como hasta hoy. Sólo aceptaré morir sano: por rayo, balazo o infarto.”

Juan nació de Benito Filloy, peón, carrero y almacenero del Tandil, llegado de Pontevedra en 1870, y de Dominique Grange, de Toulouse, Francia, curandera homeopática y lavandera, a quien parece recordar bajo un cerro virtual de sábanas recién planchadas.

Es el misterio más difundido de la literatura sudamericana: su plan original fue publicar un libro por año (se editaron veintiséis, algunos en el exterior, y tiene inéditos otros veintiocho). Todos sus títulos son de siete letras (*Caterva, Yo, yo y yo, —¡Estafen!, Los Ochoa, Op Oloop*). Admite que escribe “por una revancha de siglos, para compensar el analfabetismo de mis antepasados”. Recha-

Filloy en su estudio: siempre le gustó escribir a mano.

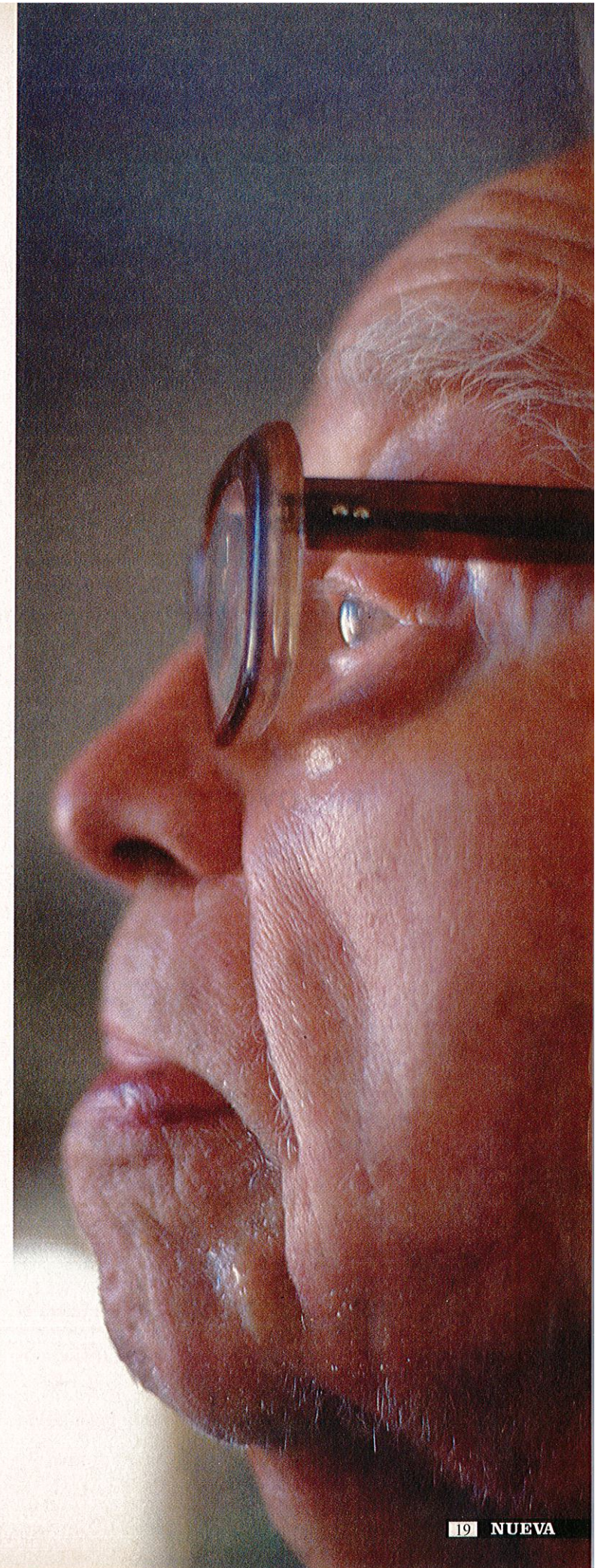
za la fama: “Viene de arriba, como el Espíritu Santo, o como una cornisa cuando uno pasa”. Y dice que jamás dio un paso para hacer un negocio, pero que dio miles para encontrar un adjetivo exacto o un verbo justo. Cuando habla escribe, al pensar escribe y, si duerme, su sueño es una palabra. Y está vivo. Estar muerto es distinto: un libro muerto y un escritor muerto no forman ni siquiera la mitad de un hombre vivo. Y don Juan recomienza todo el tiempo. Es inútil que publique o no. Sabe que un grupo de hombres entrará a su casa, lo apartarán y se llevarán todo lo escrito, hasta los mensajes y las anotaciones. Y sabe que ha ganado y que nos pertenece.

VERBO HECHO MÉTODO

Está de pie en la terraza, apoyado en un bastón. Desde el departamento en el que vive desde 1984, junto al de su hija Monique, se ven las sierras apretadas entre edificios. Llegan ruidos remotos, del tránsito. Anochece despacio, como si cortasen las venas de la tarde para que la noche muera sobre Córdoba. Se le pregunta: ¿Cómo se viven cien años? Y para responder casi tiene que gritar, porque ya no escucha bien: “Comer la mitad, caminar el doble, reír el cuádruple”. Siempre nadó, unos ocho kilómetros por día. Fumó poco y, al sentirlo dañino, dejó el tabaco a los 85 años. Vivió en forma recatada, ascética y en familia. Durmió y duerme la siesta todos los días, poco más de una hora. Se mantuvo fuera del ambiente literario (no quiso salir de Río Cuarto) y, habiendo sido socialista toda la vida, no se afilió a ningún partido: “Mis alegrías fueron las letras, nadar y caminar. Caminé toda mi vida. Nunca tuve auto”, dice. Y de golpe se acriolla y agrega: “¿Sabe que no me gustó el invento del auto? Creo que vuelve culones a los hombres”.

Su filosofía, algo personal y cercana al yoga, la adquirió de chico, en su pueblo, General Paz, en las orillas del Suquía, jugando por los mimbrales, bañándose desnudo con los amigos. “Mirá qué piernas mugrientas”, “Limpiate los mocos”, le decía su madre. Y una zambullida dejaba limpio el cuerpo e inmaculada el alma. “El secreto de la longevidad es como el de nadar: hay que saber respirar, hacer pasar el aire por el estómago. Otra clave es la alimentación: comer la mitad de lo que se desea, masticar bien, ya que los dientes están para triturar alimentos, y aunque dé vergüenza, considerar lo más importante: es necesario evacuar todos los días.”

Don Juan, siempre de pie en la pequeña terraza de su departamento, habla con fervor: “Llegué



a 104 años sin lesiones orgánicas ni enfermedad. En el futuro, si resuelven el tema ecológico, los humanos vivirán 120 años. Dormir bien es importante. Jamás he trasnochado, salvo por duelo. Además, hay que comer variado, pequeña cantidad, y sobre todo vegetales. Está muy bien un vaso de vino con cada comida. ¿No quiere una copa?” Ante la negativa, sonrío. Y agrega: “Es cierto que me estoy curvando hacia la tierra, hacia el polvo póstumo. Y que aquello que llamo ‘mi plomada interna’ no se porta bien. Pero me alimenta la nostalgia de saber que fui fuerte, un álamo que andaba. Los vejstorios somos una plaga difícil de extirpar. Hay que despatetizar la estampa del ser vetusto. La vejez bien llevada no precisa lástima, sino respeto”.

LOS TIBIOS AÑOS

La noche cordobesa ya está inmóvil sobre nuestras cabezas: Júpiter y Venus son dos rosas azules, dos piedras heladas. Sobre la mesa del escritorio hay una pipa de la paz de los sioux, un rascador de ébano y marfil y una foto de la escuela, año 1901: de todos los chicos, Filloy es el único que ríe y el único que aún vive. Uno de los temas de vivir 100 años será cómo sobrevivir a los seres

FILLOY DIXIT

Sigmund Freud: Uno de los grandes innovadores. Cuando estaba en Austria le envié mi novela *Op Oloop*. Me lo agradeció con una carta, escrita en su recetario. Con motivo de su huida a Londres, durante el nazismo, lo felicité y empezamos a cartearnos en alemán.

Presidentes: El más grande del siglo pasado fue Sarmiento. En el XX, ese sitio puede llegar a ocuparlo Carlos Menem. Yrigoyen fue importante, pero en un país mucho más chico.

Jorge Luis Borges: Su cultura careció de esencia humana y a su poesía le faltó calle. Igual fue excepcional.

Ernesto Sabato: Su obra no merece mi admiración, pero su trabajo en la Conadep fue trascendente.

Lo peor del siglo: La prepotencia de los militares. Mi libro *Vil & Vil* me trajo problemas con ellos. Venían con ametralladoras y me sometían a cuestionamientos.

Los argentinos mejores en lo suyo: Aunque me gusta el tango como música, y no como letra, creo que son insuperables Carlos Gardel (a quien disfruté en su mejor momento) y, en el boxeo, Luis Ángel Firpo.

Lo mejor del siglo: Cualquier argentino que haya vivido solamente de su trabajo.

Lo peor del futuro: El rebrote nazi.



queridos, piensa el periodista.

En una pared, sobre la cama, están los retratos de las dos mujeres: mamá Dominique y Paulina. “Mamá Dominique y Paulina -dice Filloy, como adivinando-: siempre sueño con ellas. Creo que en la vida uno quiere ser algo, pero termina siendo *al-gos*, un dolor vivo.” Paulina murió el 31 de julio de 1983, un mes y medio antes de que el matrimonio cumpliera las bodas de oro, a horas de que Don Juan llegase a los 89 años: “Lloro sin lamentar que te hayas ido. Lloro para lavar mis ojos y mirar tu foto”, escribió entonces. Pero los recuerdos también traen alegrías: “Conocí a Paulina un viernes, el sábado éramos novios, nos comprometimos el domingo y el lunes nos casamos. Todo en tres días. Fue una cita por carta, en un bar, y sin saber cómo era físicamente. Otra mujer tenía un vestido igual al que ella me había escrito que llevaría. Y me puse a hablar con la otra. Pero entonces Paulina se acercó y salvó el malentendido”.

Después de tomar un vaso de agua, don Juan prosigue, con energía: “Yo tenía ya 40 años y, como nos conocimos grandes, hicimos un pacto: no podemos perder tiempo en peleas. Cuando uno de los dos no esté de acuerdo, alcanzará con decir basta para que sea obligatorio cambiar de tema. Y

“Comer la mitad, caminar el doble y reír el cuádruple”: ésa es la receta para vivir cien años que Filloy confió a Nueva.

POR QUÉ FILLOY

“No hay prosa más perfecta que la suya. Filloy es uno de los más notorios enigmas de la lengua castellana.” (Mempo Giardinelli)

“Filloy es una especie de Rabelais de excursión por los indios ranqueles.” (Jorge Torres Roggero)

“Progenitor de una nueva literatura americana.” (Alfonso Reyes)

“Uno de los escritores vivos más importantes de América.” (Arturo Cambours Ocampo)

“Hay un mito Filloy.” (Bernardo Verbitsky)

“—Puede ser -dijo Olivera-. Pero no tienen ningún Juan Filloy que les escriba *Caterva*. ¿Qué será de Filloy, che? Naturalmente la Maga no podía saberlo, empezando porque ignoraba su existencia. Hubo que explicarle por qué Filloy, por qué *Caterva*.” Julio Cortázar, *Rayuela*

estuvimos 50 años juntos, felices. Para el casamiento, ella puso una condición: que fuera en su pueblo, quería que todos vieran que se casaba legalmente. Cuando fuimos a Río Cuarto mis amigas se enojaron, porque había algunas candidatas

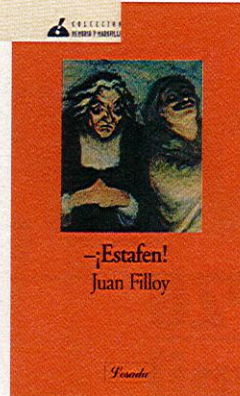
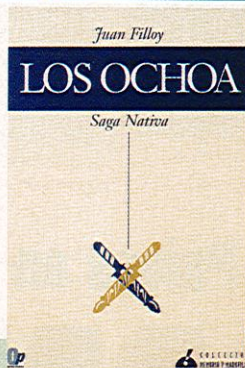


"No pasé un día de mi vida -cuenta Filloy- sin escribir al menos una línea."

que se habían creído con posibilidades. ¿Sabe de qué me acuerdo? Cuando inscribimos nuestro primer hijo en el Registro Civil, con los datos de los abuelos había seis extranjeros en la partida de nacimiento. '¡Pero vos sos la Liga de las Naciones!', se quejó un empleado".

BATALLAS DEL OTOÑO

Sófocles escribió *Edipo* a los 89 años, Goya a los 65 pintó *Los desastres de la guerra* y Verdi a los 74 compuso *Otelo*. Don Juan Filloy, a los 104 años, rehúsa la computadora y continúa su obra monumental: "No pasé un día de mi vida sin escribir al menos una línea, a mano porque los dedos son extremos terminales nerviosos y escribir a máquina reseca el estilo. Pero los años destrozaron mi caligrafía". Y continúa: "Igual vale la pena culminar la existencia así, filosofando como yo en este momento, analizando las postreras comedias de la vida, contemplando los últimos panoramas del mundo". "Juancito, silbáme algo mientras coso", le decía su madre. Y cien años después, él recuerda y se burla: "Era bueno para el silbido. Pero yo no, me lo impide esta dentadura que no es mía".



ALGUNOS TÍTULOS

- Periplo, crónicas de viaje* (1931)
- ¡Estafen!, novela* (1932)
- Op Oloop, novela* (1934)
- Aquende, geografía poética argentina* (1936)
- Caterva, novela* (1937)
- Finesse, prosa poética* (1939)
- Los Ochoa, cuentos* (1972)
- La Potra, novela* (1973)
- Karcino, tratado de palindromía* (1988)
- Gentuza, cuentos* (1991)
- Esto fui, relatos de infancia* (1994)
- Sagesse, antología personal* (1994)

Don Juan va de la pena a la risa, como si anduviera entre distintas páginas del mismo libro de la vida: "A veces sueño que estoy perdido en una gran ciudad, entre edificios

fríos y hostiles. Entonces busco a una mujer, no sé si es Paulina o si es mi madre. Porque ser viejo es volver a ser niño: me tienen que atender, de noche me lloran los ojos y camino con andador. Pero no me estoy quejando, más bien lo contrario: cuando un individuo llega a 70 o 100 años, con su patrimonio biológico y espiritual intacto, su vida fructuosa recién empieza, y comienza esta etapa, que yo llamo la Vejentud Dichosa".

© Nueva, 1999